

HEMOS de pensar que políticamente —una vez aprobada la Constitución— estamos entrando en una nueva fase, durante la cual los planteamientos teóricos habrán de ser mucho más rigurosos. Hasta ahora ha bastado con apropiarse de un título o una sigla, sobre todo si ésta aportaba los suficientes elementos de "memoria histórica", para ganarse los votos de un electorado todavía inmaduro. Al mismo tiempo, por supuesto, que se utilizaba hábilmente un bien dosificado oportunismo. Hoy, las posturas se van sedimentando, parece que estamos de vuelta de muchas cosas, y se hace mucho más necesario que cada grupo o partido político defina claramente no sólo sus objetivos últimos, sino también su estrategia global de cambio, incluso el porqué de sus tácticas más o menos coyunturales. Gran parte del "gran desencanto" de nuestro pueblo respecto a los partidos políticos procede de que éstos no le han explicado de una forma clara cuáles son sus planteamientos ideológicos; en definitiva, no le han explicado "a dónde van" y qué es, en última instancia, lo que se proponen.

La primera tarea que hoy se nos impone, por lo tanto, sería la de recuperar el tiempo y el terreno que en este campo hemos perdido. Habría que ilusionar de nuevo al pueblo, darle contenidos, ofrecerle caminos válidos; es decir, mostrarle algo por lo cual luchar y sacrificarse. Concretamente, y por lo que a nosotros se refiere, habría que dar al pueblo andaluz una conciencia nítida de en dónde están sus verdaderos intereses, de cuál es el camino posible para su mejor defensa y cómo integrar todo ello en los superiores intereses de un cambio cualitativo para todo el país, que es España.

Como es sabido, el "nacionalismo" aparece cuando un pueblo se percata de que tiene unos intereses comunes como tal y, además, cuando la lucha por imponerlos resulta en aquellos momentos prioritaria. Bajo este prisma cabe inmediatamente preguntarse si el pueblo andaluz tiene hoy tal cantidad de problemas propios, específicos, como para ocupar ello el primer plano de sus preocupaciones políticas; si estos intereses son distintos. Incluso contradictorios, con los de los otros pueblos españoles; si el protagonismo de su defensa corresponde objetivamente a la clase trabajadora o es, por el contrario, la burguesía la clase que puede y debe estar fundamentalmente interesada en ellos. Contestar a estas preguntas supone ni más ni menos que responder objetivamente a la necesidad o no de un nacionalismo andaluz y a los obligados intereses de clase que en él se hallan implícitos siempre.

Plantearse hoy la "cuestión nacional" andaluza es abrirse, cuando menos, a una evidencia. Y ello, por las siguientes razones:

1. Nadie puede negar la "identidad histórica" de nuestro pueblo, forjada por muchos siglos de vida en común y muchos siglos, también, en que los andaluces hemos sufrido y luchado juntos. Las primeras grandes civilizaciones que alumbraron España —Tartessos, Turdetania, Al-Andalus— se forjaron en el crisol de nuestra Andalucía, tierra de encuentro y transmisión. Por otra parte, la gran importancia de Andalucía en la ulterior Historia de España ha sido siempre decisoria, aun en los peores momentos de opresión centralista. Y, además, tenemos sobre nuestras espaldas una tremenda historia de opresiones, expoliaciones, expulsiones, represiones y hasta exterminios en masa; tenemos también en nuestro haber una heroica historia de las más variadas formas de lucha. Pu-

diéramos incluso afirmarse que si existe en España un pueblo que ha experimentado no sólo todas las formas posibles de lucha liberadora, sino también gran número de los modelos posibles de formas de represión, este es el pueblo andaluz.

2. Porque junto a esta historia común se dan unas condiciones también comunes de vida cotidiana, constituidas por un conjunto tan complejo de elementos como pueden ser nuestro hábitat, nuestras tradiciones, nuestra cultura popular, nuestro arte propio, nuestro clima, nuestra geografía,

HA LLEGADO EL MOMENTO DE PLANTEAR LA "CUESTION NACIONAL" ANDALUZA

JOSE AUMENTE

incluso nuestra forma de entender lo religioso. Difícilmente podrá encontrarse otro pueblo en España con una personalidad tan fuerte como la del andaluz; tanto, que hasta ha definido, en muchos aspectos, a "lo español".

3. Por último —y para nosotros ello es decisivo—, Andalucía constituye una "formación económico-social" muy concreta, que ha venido determinada históricamente en su formulación presente. Esto quiere decir que aquí se han materializado unos tipos de relaciones de producción, cristalizados a través de varios siglos, y que han concluido en una estructura productiva que, dentro del sistema capitalista, puede considerarse como zona de "capitalismo dependiente", "colonialismo interno" o zona subdesarrollada. Hoy, Andalucía es "colonia interna" de capitalismo occidental.

Y digo que este aspecto del problema es clave, porque si queremos fundamentar nuestro "nacionalismo" en algo más que razones étnicas o histórico-culturales —con ser éstas muy fuertes entre nosotros—, hay que basarlo en relaciones de producción, en correlación de fuerzas, en estructuras productivas y en condiciones objetivas, puesto que son éstas las que, en definitiva, determinan qué papel ha de desempeñar aquél en la lucha de los intereses de clase.

Nuestro argumento, a este respecto, es bastante simple: en la medida en que los mecanismos productivos actualmente vigentes en Andalucía no sólo nos han conducido a la dependencia y al subdesarrollo, sino que nos impiden salir del mismo; en la medida en que estos mismos mecanismos bloquean el posible despegue de

nuestras fuerzas productivas, en igual proporción, la mejor salida posible queda reducida a ésta: destruir el poder de las actuales clases dominantes andaluzas y, con él, aquellos mecanismos económicos que, en su día, éstas implantaron y hoy continúan sosteniendo.

La gran contradicción en que nuestra formación económico-social andaluza se encuentra hoy es la que supone unas fuerzas productivas que no pueden desarrollarse porque así lo impide la estructura de un "capitalismo dependiente". El planteamiento "nacionalista" se hace aquí imprescindible para romper estas amarras que nos ligan a tal modelo de capitalismo. El planteamiento nacionalista sirve así a los intereses del pueblo en general, y más concretamente a los intereses de las clases trabajadoras andaluzas, principales beneficiarias, y obligadas protagonistas, de este proyecto de ruptura.

Importaría, por lo tanto, hacer comprender al pueblo que la "cuestión nacional" andaluza en modo alguno puede interpretarse como un "nacionalismo" alienante, idealista, mítico, en cuanto pueda servir para encubrir realidades concretas. Por el contrario, son estas realidades concretas —tan concretas como pueden ser las relaciones de producción y la correlación de fuerzas— las que nos hacen descubrir el mismo; es la necesidad objetiva del pueblo andaluz —explotado económicamente, oprimido políticamente y alienado culturalmente— la que precisamente nos muestra su razón de ser. Se trata, pues, de un proceso inverso al de los "nacionalismos burgueses": descubre y no oculta. No exalta, infla o mitifica "lo andaluz"; sino que procede y desciende a las condiciones muy concretas en que viven los andaluces.

De aquí que sea simultáneamente un "nacionalismo dialéctico". Con esto se quiere afirmar dos cosas: primero, que en absoluto es separatista, secesionista o independentista, sino que, enlazando con la tradición de Blas Infante y todo el movimiento andalucista, incluso podemos calificarlo como un "nacionalismo antinacionalista", o, como también decía este autor, un "nacionalismo internacionalista" o "universalista". Y segundo, porque, aparte de que los andaluces somos y nos sentimos españoles, también sabemos que formamos parte de ese proceso histórico común que ha supuesto el desarrollo del capitalismo español. Negar esto es negarse a la evidencia. No podemos romper con lo que nos es intrínseco, ni cortar unos lazos que nos son constitutivos, sino cambiar o invertir el sentido de los mismos. Es más, estamos convencidos de que nuestro "nacionalismo" puede suponer un factor importante, incluso decisivo, en una estrategia global de cambio para toda nuestra sociedad española. Nunca mejor empleado, pues, el término dialéctico para definirlo.

¿Se puede "llegar", partiendo de estos presupuestos teóricos, a la conciencia de nuestro pueblo? Por supuesto que habría que debatirlos, discutirlos, hacerlos nítidos a la comprensión de todos. Pero hay más —y esto es importante—: sólo serán reales si se consiguen iluminarlos mediante la acción. Las masas no aprenden con discursos, folletos o seminarios, sino que necesitan descubrir la verdad, iluminar su conciencia mediante o a través de acciones concretas en que se sientan participantes. Esta es una regla que no debieran olvidar los políticos. Y esta es una lección que, hoy, más que nunca, el pueblo andaluz debe poner en práctica. Ha llegado el momento, repito, de plantear la "cuestión nacional" andaluza a todos los niveles. ■